

¿El desarrollo en cuestión? Algunas coordenadas del debate latinoamericano

Maristella Svampa¹

I. El escenario latinoamericano

En América Latina existe una importante tradición de pensamiento crítico que extrae sus tópicos, su talante teórico, su potencia, de los conflictos sociales y políticos de su tiempo, de las formas que asumen las desigualdades sociales, raciales, territoriales y de género en nuestras sociedades, en fin, del análisis de la dinámica propia de acumulación del capital en la periferia. Algunas de las Ideas-fuerza que lo recorren son Dependencia y Revolución, Democracia y Derechos humanos, Descolonización y Plurinacionalidad.

En la actualidad, uno de los temas recurrentes que atraviesa los debates latinoamericanos se halla vinculado a las dinámicas de acumulación y los modelos de desarrollo vigente. Categorías críticas como la Extractivismo o Neoextractivismo y otras, de tipo propositivo, como Buen Vivir, Bienes Comunes, Derechos de la Naturaleza, Posextractivismo, entre otros, atraviesan los debates y las luchas sociales, al tiempo que van generando una nueva gramática política, que cuestiona la sustentabilidad de los actuales modelos de desarrollo y plantea otras relaciones entre sociedad, economía y naturaleza. Estas discusiones han tenido origen principalmente en Ecuador y Bolivia, países donde las movilizaciones sociales antineoliberales de fines del siglo XX y principios del XXI, fueron acompañadas no sólo por la emergencia de nuevos gobiernos (progresistas o populares), sino también por procesos constituyentes, cuyo objetivo explícito fue el de repensar o refundar el pacto social. Fue en ese momento de apertura radical que nociones como la Estado Plurinacional, Derechos de la Naturaleza y Buen Vivir dejaron de ser conceptos asociados exclusivamente a corrientes teóricas, ingresando al campo de la disputa política. Sin embargo, con el correr de los años y en un contexto de

¹ Este artículo corresponde al cap.1 del libro “El desarrollo en disputa. Actores, conflictos y modelos de desarrollo En la Argentina contemporánea”, Maristella Svampa (coordinadora), en prensa , UNGS, 2015

consolidación de los gobiernos progresistas, esta disputa se fue complejizando. Así, al calor de los conflictos territoriales y socioambientales, y de la multiplicación de proyectos de explotación de recursos naturales para la exportación, fue tomando centralidad la crítica al Extractivismo o Neoextractivismo.

Más allá de los matices existentes, el neoextractivismo² puede ser caracterizado por la presencia de diferentes elementos. En primer lugar, éste refiere a un patrón de acumulación basado en la sobre-explotación de recursos naturales, cada vez más escasos, en gran parte no renovables, así como en la expansión de las fronteras de explotación hacia territorios antes considerados como improductivos. En segundo lugar, el neoextractivismo se caracteriza por la exportación de bienes primarios a gran escala, entre ellos, hidrocarburos (gas y petróleo), metales y minerales (cobre, oro, plata, estaño, bauxita, zinc, entre otros), productos agrarios (maíz, soja y trigo) y biocombustibles. En tercer lugar, otra característica es la gran escala de los emprendimientos, la cual nos advierte también sobre la envergadura de las inversiones, pues se trata de megaemprendimientos, capital-intensivos y no trabajo-intensivos, así como del carácter de los actores intervinientes –en general, de grandes corporaciones-. En cuarto lugar, el neoextractivismo presenta una determinada dinámica territorial cuya tendencia es la ocupación intensiva del territorio, a través de formas ligadas al monocultivo o monoproducción, entre cuyas consecuencias se halla el desplazamiento de otras formas de producción (economías locales/regionales). El avance sobre el territorio combina, en gran parte de los casos, la dinámica del enclave o de la fragmentación territorial (escasa producción de encadenamientos endógenos relevantes, que favorezcan un modelo de integración territorial y regional), con la dinámica del desplazamiento (dislocación de las economías locales tradicionales y expulsión de poblaciones), lo cual tiende a colocar a las grandes empresas, que poseen una proyección global, en el rol de actor social total en el marco de las sociedades locales. Al mismo tiempo, estos procesos impactan sobre la condición de ciudadanía y la violación de derechos humanos.

² Véase de Gudynas, (2009); Acosta (2011); Machado Araoz (2014), Svampa (2011 y 2013), Dávalos (2012), entre otros autores.

Definido de este modo, el neoextractivismo abarca algo más que las actividades consideradas tradicionalmente como extractivas. Además de la megaminería a cielo abierto, la expansión de la frontera petrolera y energética (a través de la explotación de gas y petróleo no convencional, con la tan cuestionada metodología de la fractura hidráulica o *fracking*), la construcción de grandes represas hidroeléctricas (por lo general, al servicio de la producción extractiva), incluye la expansión de la frontera pesquera y forestal, así como la generalización del modelo de agronegocios (cultivos transgénicos, como la soja y biocombustibles).

Por último, desde nuestra perspectiva, el extractivismo se inserta en un contexto de cambio de época, el que marca el pasaje a un escenario político-económico en el cual las dos notas mayores son, por un lado, el Consenso de los Commodities, basado en la exportación a gran escala de bienes primarios; por otro lado, la actualización de la matriz nacional-popular.

Veamos en primer lugar lo que entendemos por Consenso de los Commodities. A diferencia de los años '90, las economías latinoamericanas se vieron enormemente favorecidas por los altos precios internacionales de los productos primarios (commodities), lo cual se vio reflejado en las balanzas comerciales y el superávit fiscal. El hecho no puede ser desestimado, muy especialmente luego del largo período de estancamiento y regresión económica de las últimas décadas. En esta nueva coyuntura favorable de crecimiento económico (al menos, hasta antes de la actual crisis financiera mundial), los gobiernos latinoamericanos tendieron a subrayar las ventajas comparativas del boom de los commodities, negando o minimizando las nuevas desigualdades y asimetrías ambientales, económicas, sociales, que traía aparejada dicha división internacional y territorial del trabajo, basada en la exportación de materias primas a gran escala. En esa línea, todos los gobiernos latinoamericanos, más allá del signo ideológico, habilitaron el retorno en fuerza de una visión productivista del Desarrollo, y con ello, apuntaron a negar o escamotear las discusiones de fondo acerca de las implicancias (impactos, consecuencias, daños) en torno los diferentes modelos, minimizando los cuestionamientos y las protestas

En términos de consecuencias, el Consenso de los Commodities fue caracterizándose por una dinámica compleja, vertiginosa y de carácter

recursiva, que debe ser leída desde una perspectiva múltiple. Así, desde el punto de vista económico, esto se ha ido traduciendo por un proceso de reprimarización de la economía, visible en la reorientación hacia actividades primario extractivas, con escaso valor agregado. Dicho “efecto de reprimarización” se ve agravado por el ingreso de China, potencia que de modo acelerado va imponiéndose como socio desigual, no sólo en nuestro país, sino en toda la región latinoamericana. Así, entre 1990 y 2008 el comercio exterior de China con América Latina creció 64 veces y en ese incremento las exportaciones lo hicieron 36 veces y las importaciones 127. China se convirtió en el primer destino para las exportaciones de Chile y Brasil; el segundo destino para Argentina, Perú, Colombia y Cuba, y el tercero para México, Uruguay y Venezuela” (Rodríguez, 2014).

Desde el punto de vista social, el Consenso de los Commodities (o de las materias primas), conlleva la profundización de la dinámica de desposesión - según la expresión popularizada por el geógrafo D. Harvey (2004)- esto es, el despojo y concentración de bienes, tierras, recursos y territorios, que tiene como actores principales a las grandes corporaciones, en una alianza multiescalar con los diferentes gobiernos (nacionales, provinciales, locales). No es casual que la literatura crítica de América Latina considere que estos procesos apuntan a la consolidación del neoextractivismo desarrollista.

En segundo lugar, otro de los grandes temas de debate de la última década, ha sido la reactualización de la matriz nacional-popular, la cual cuenta con una larga historia en América Latina. Recordemos que lo “nacional-popular” es una categoría que reenvía a elaboraciones de A. Gramsci.³ Para nuestro análisis, retomamos en parte los aportes de De Ipola y Portantiero (1994) -publicados originariamente en 1986- respecto de la alternativa populista y su inflexión en América Latina. Para estos autores, el doble proceso que propone el populismo (constitución del pueblo y construcción de un orden estatal) requiere la inclusión de tres niveles de análisis: el de las demandas y tradiciones nacional-populares, el del populismo como movimiento de

³ La categoría aparece en los *Cuadernos de la Cárcel*, definida como “voluntad colectiva” y asociada a la “reforma intelectual y moral”, ambas vistas como condiciones de posibilidad de un cambio histórico, a través de un proceso de construcción de hegemonía. (Véase Gramsci, 1971; De Ipola y Portantiero, 1994, Portantiero, 1991)

nacionalización y ciudadanía de las masas, y el populismo como forma particular del compromiso estatal.⁴

En este marco, nos interesa hacer énfasis en la tradición nacional-popular a la cual definimos como una matriz político-ideológica que se inserta en la “memoria mediana” (las experiencias populistas de los años 30 40 y 50), y tiende a sostenerse sobre el triple eje de la afirmación de la nación, el estado redistributivo y conciliador, el liderazgo carismático y las masas organizadas –el pueblo-. Asimismo, si bien en términos generales la dinámica de lo nacional-popular se instala en la tensión entre un proyecto nacionalista revolucionario, conducido por el pueblo junto a su líder, y el proyecto de la participación controlada, bajo la dirección del líder y el tutelaje estatal, es ésta última la forma histórica que suele adoptar lo nacional-popular en los diferentes casos latinoamericanos.

Ahora bien, desde nuestra perspectiva, una parte importante de los gobiernos latinoamericanos considerados como “progresistas” o “populares” presentan rasgos populistas. Dichos gobiernos vienen afianzando una dinámica populista asentada en fuertes liderazgos personalistas, en la subordinación de las organizaciones sociales y políticas a dicho liderazgo, en el reforzamiento de las capacidades del Estado (respecto de la época neoliberal), asociado al fortalecimiento fiscal, la política de gasto social (políticas sociales o bonos dirigidos hacia los sectores más vulnerables) y el subsidio a los servicios. Por último, un elemento central es la presencia de una narrativa industrialista que enfatiza la existencia de un “proyecto nacional” (y, según los casos, también latinoamericano), al tiempo que monopoliza y exacerba el espacio de la división (nosotros/ellos).

Más allá del espacio de geometría variable que se abre para cada caso nacional, es posible establecer las diferencias entre populismos de clases

⁴Los autores analizan los últimos dos niveles. Desde nuestra perspectiva es necesario incluir el primer nivel de análisis, el de la tradición nacional-popular y sus sucesivas configuraciones. Por ello utilizamos aquí el concepto de “matriz” (Svampa: 2009), que definimos como “aquellas líneas directrices que organizan el modo de pensar la política y el poder, así como la concepción del cambio social”. La matriz nacional-popular es una de las que recorre el campo de las organizaciones populares en América Latina. Si bien cada matriz político-ideológica posee una configuración determinada, los diferentes contextos nacionales así como las tensiones internas las van dotando, para cada caso, de un dinamismo y una historicidad particular.

populares y populismos de clases medias (Svampa, 2013). Así por ejemplo, los gobiernos de Venezuela y Bolivia pueden ser considerados como *populismos de clases populares* pues, más allá de sus limitaciones, apuntaron al empoderamiento de los sectores subalternos y a partir de ello, a la redistribución del poder social. En cambio, el populismo que encontramos en Argentina o en Ecuador se destaca mucho más la vocación estelar de las clases medias y su empoderamiento político-social, que apunta a monopolizar el lenguaje del progresismo en nombre de las clases populares. Esto no significa empero que las clases populares estén ausentes: asistencializadas, precarizadas, sin relegar sus tradiciones sindicales, abriendo nuevos frentes de conflicto y de lucha, las clases subalternas son cada vez más los convidados de piedra de un modelo cuya clave de bóveda resultan ser las clases medias autodenominadas "progresistas".

Por otro lado, en países como Bolivia y Venezuela, (éste último, con todas sus controversias y ello, hasta el fallecimiento de Chavez), la polarización está ligada a políticas de gobierno que apuntan a un cambio en el equilibrio de las fuerzas sociales, donde las clases populares tienen un fuerte protagonismo. Este no es el caso de la Argentina, país donde las continuidades –en términos de políticas redistributivas, elección de socios económicos, modo de pensar la política institucional y sus "aparatos", entre otros temas-, parecen tener mayor peso que las rupturas efectivamente logradas. Esta inflexión no debe ser leída solo como el resultado de una relación histórica o de un vínculo perdurable entre partido peronista y organizaciones sociales, sino también asociada a una cierta concepción del cambio social: aquella que deposita la perspectiva de una transformación en el cambio en la orientación política del gobierno, antes que en la posibilidad de un reequilibrio de fuerzas a través de las luchas sociales. Esta primacía del sistema político-partidario tiende a expresarse en una fuerte voluntad de subordinación de las masas organizadas a la autoridad del líder (como lo ilustran tanto los sindicatos de la otrora poderosa Confederación General del Trabajo y actualmente las organizaciones de desocupados oficialistas), a través del modelo de "participación social controlada".

Indagando la idea de Desarrollo

Para entender lo que designamos como extractivismo neodesarrollista, es necesario detenerse también en los avatares de la categoría de Desarrollo. Recordemos que la noción de desarrollo fue uno de los pilares del pensamiento latinoamericano. Para la CEPAL, lejos de ser una cuestión de tiempo, como proponían ciertas visiones etapistas, a la Rostow, la problemática del desarrollo estaba ligada a la estructura económica y a la división internacional del trabajo. Por ende, América Latina debía rechazar las fórmulas de la economía clásica, que condenaban al subcontinente a la especialización económica por país (las "ventajas comparativas" de la producción primario-exportadora), para forjar un camino "propio" hacia la industrialización. El "desarrollismo" fue la resultante de esta propuesta innovadora, que recorrió intensos debates teóricos (en el que participaron las diferentes corrientes dependentistas) y fueron conformando un conjunto de ideas sobre las posibilidades de industrialización en la periferia capitalista. Sin embargo, en las últimas décadas, el escenario cambió ostensiblemente, y la crisis de la idea de modernización y, por ende, la crítica al Desarrollo como gran relato homogeneizador, fue abriendo paso a un nuevo espacio para las críticas políticas y filosóficas. A nivel internacional, la crisis de los lenguajes emancipatorios y el colapso de los "socialismos reales", fue dando paso a la expansión de un discurso neoliberal, que demonizaba la acción del Estado y proponía reducir su capacidad reguladora a una expresión mínima, permitiendo así la liberación de las fuerzas "benéficas" del mercado. En América Latina, este proceso se fue articulando con el legado de las dictaduras militares de los '70 y, sobre todo, con los episodios de hiperinflación de fines de los '80, los cuales terminaron por abrir las puertas al neoliberalismo, bajo gobiernos de signo democrático.

Asimismo, en las últimas décadas la crisis de la idea de Desarrollo, en su versión hegemónica, produjo una revisión del paradigma de la modernización. En esta línea, se destaca la crítica ambientalista que fue instalándose en la agenda global a partir de la publicación del informe Meadows sobre "Los Límites del crecimiento" (1972), el cual ponía el acento en los graves peligros de contaminación y de disponibilidad futura de materias primas que afectarían a todo el planeta, de continuar con el estilo y ritmo de crecimiento económico. De este modo, la incipiente crítica ambientalista contribuyó a cuestionar el desarrollismo

imperante, al tiempo que envió claras señales hacia los países del sur, al plantear que el modelo de desarrollo industrial propio de los países del norte estaba lejos de ser universalizable (Mealla, 2006).

El cuestionamiento a la visión productivista (la identificación entre desarrollo y crecimiento económico) planteó la necesidad de nuevas elaboraciones, que se irían afianzando en los años `90. Una de ellas es la categoría de “desarrollo sustentable”, introducida en la agenda internacional a partir de la publicación del documento “Nuestro futuro en común” en (1987) y luego de la Cumbre de Río, en 1992. Más allá de su evidente complejidad, cabe destacar dos sentidos bien diferenciados: de un lado, un sentido fuerte que considera el crecimiento como un medio y no como un fin en sí mismo y, por ende, subraya el compromiso con las generaciones presentes y futuras, así como el respeto por la integridad de los sistemas naturales que permiten la vida en el planeta (ecología política, economía ecológica, ecología profunda, entre otras); del otro lado, un sentido débil, que considera la posibilidad de un estilo de desarrollo sustentable a partir del avance y uso eficiente de las tecnologías. Así, mientras que el sentido fuerte es sostenido por diferentes organizaciones sociales y sectores ambientalistas, el sentido débil recorre más bien la retórica de las corporaciones y de los elencos gubernamentales de los más variados gobiernos.

Otra es la noción de “desarrollo humano”, vinculada al Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) e inspirada en lecturas de orden filosófico, como las de Amartya Senn, en las cuáles éste es asociado a las ideas de equidad y libertad. Sin constituir una propuesta alternativa a la visión economicista, sostenida por el neoliberalismo reinante, la noción de desarrollo humano ha servido para complejizar la categoría, al incorporar otros indicadores, además de los económicos, referidos a la educación, la salud, el género, entre otros (Unceta, 2009).

A esto hay que agregar que, más que en otras latitudes, en América Latina, las izquierdas, sea en su matriz anticapitalista como nacional-popular, han conservado una fuerte impronta desarrollista, proclive a enfatizar una lectura de la historia que privilegia y exalta la expansión de las fuerzas productivas, en el marco de un modelo fabril u obrerista. Esto quizá explique su carácter refractario hacia la problemática ecológica, la cual ha sido considerada como una preocupación importada de la agenda de los países ricos, que reafirma las desigualdades entre

países industrializados y aquellos en vías (o con aspiraciones) al desarrollo industrial.

En consecuencia, hacia los años '90, el Desarrollo como "gran relato", esto es, como esquema ordenador y a la vez promesa emancipatoria, desapareció transitoriamente de la agenda política y académica, tanto en América Latina como en otras latitudes. Sin embargo, el eclipse de la categoría de desarrollo fue fugaz, puesto que hoy asistimos a su retorno en fuerza a la agenda, aunque claro está, el sentido que hoy adopta no puede ser rápidamente homologado al de otras épocas. Ciertamente, el desarrollismo como "ideología" y a la vez, como "modelo económico", tuvo diferentes variantes entre los años 50 y fines de los 80 (modelo populista; modelo nacional-desarrollista); pero en aquel período aludía al afianzamiento de una orientación industrial-productivista, con una intervención del Estado como actor protagónico. En este sentido, más allá del carácter incompleto que adoptó este modelo (véase parte IV y capítulo final), la visión desarrollista clásica está muy lejos del giro actual, puesto que en el contexto de la nueva fase de la globalización asimétrica, la idea de desarrollo aparece ligado al paradigma extractivista, el cual fue muy cuestionado por los desarrollistas de antaño, al tiempo que ha incorporado nociones engañosas, de amplia resonancia global, tales como las de desarrollo sustentable (en su sentido débil), responsabilidad social empresarial (RSE) y gobernanza (Svampa, 2008, Svampa y Antonelli, 2009).

En suma, la idea hegemónica de desarrollo que hoy se difunde poco es el producto de la convergencia entre un paradigma extractivista, asociado a la reprimarización y comoditización de la economía; y una visión neoliberal, cuyo rasgo saliente continúa siendo el productivismo y la competitividad a ultranza apenas rejuvenecidos por la utilización siempre oportuna y lúbil de ciertas categorías globales (desarrollo sustentable, RSE, gobernanza). Dicha convergencia es la que hemos dado en llamar extractivismo neodesarrollista, a fin de caracterizar la actual etapa argentina y latinoamericana.

Naturaleza y Desarrollo

En este apartado, nos interesa subrayar cuál es la visión de la naturaleza que subyace a la actual consolidación del modelo extractivista, cuestión que, creemos,

se halla vinculada al orden de las narrativas e imaginarios. Dicha cuestión nos parece relevante, dado que, en no pocas ocasiones, la posibilidad de abrir un debate público sobre los antagonismos que se van gestando a partir de las nuevas dinámicas del capital, se encuentra obturada no sólo por razones económicas y políticas, sino también por obstáculos de tipo cultural y epistemológico, que se refieren a las creencias y representaciones sociales. Con ello, queremos subrayar la importancia que adquieren ciertos imaginarios y narrativas nacionales –y regionales- acerca del desarrollo, íntimamente ligados a una determinada concepción en torno de la naturaleza americana. Al hablar de imaginarios o narrativas, estamos aludiendo a la construcción de un relato unificador, que reposa sobre ciertas marcas identitarias, mitos de origen, que van moldeando las representaciones colectivas acerca del presente y del futuro. La categoría de narrativa ha sido definida por Koselleck (1993), como la dimensión específicamente temporal mediante la cual los actores asignan sentidos a la vida, individual y colectiva, eslabonando el tiempo como hilo articulador de la narración. En cuanto a la noción de imaginarios sociales, véase Baczkó (1993)

Distintos autores han subrayado el carácter antropocéntrico de la visión dominante sobre la naturaleza, que se apoya sobre la idea occidental de que ésta es una “canasta de recursos” y a la vez un “capital” (Gudynas, 2002). Ahora bien, en América Latina, esta idea se ha visto potenciada por la creencia de que el continente es, para parafrasear a R. Zavaletta, (2007) *el locus por excelencia de los grandes recursos naturales*. En otras palabras, históricamente la “ventaja comparativa” de la región se halla vinculada a la capacidad para exportar Naturaleza.

Dicha idea-fuerza es potenciada por diferentes elementos que provienen tanto de la memoria larga (los diferentes ciclos económicos) como de la memoria corta (la crisis de la década de los `90). Ciertamente, aparece asociada al carácter estratégico que adoptan ciertos recursos naturales no renovables, en función de la sucesión de los diferentes ciclos económicos.⁵ En ese marco, paisajes primarios, escenarios barrocos, en fin, extensiones infinitas, que tanto han obsesionado a viajeros y literatos de todas las épocas, van cobrando una nueva significación al interior de los diferentes ciclos económicos. Un ejemplo lo ofrece el actual boom

⁵Como bien señala Zavaletta, dicha rotación puede ser ilustrada por la historia de la economía peruana, la cual saltó del ciclo de la plata, y pasó sucesivamente por el boom del caucho, el guano, el salitre, en fin, nuevamente, en el presente, el boom minero.

minero, que alcanza a casi todos los países latinoamericanos. Así, la expansión de la minería a gran escala incluye las altas cumbres cordilleranas, cabeceras de importantes cuencas hídricas, hasta ayer intangibles o simplemente inalcanzables, convertidas hoy en el objetivo de faraónicos proyectos (como el de Pascua Lama, el primer proyecto binacional del mundo, compartido por Chile y la Argentina, en manos de la compañía Barrick Gold; o los proyectos mineros en fase de exploración en la Cordillera del Cóndor, en Ecuador y Perú). Otro ejemplo por demás emblemático es el “descubrimiento” de las virtudes del litio: hasta ayer, el Salar de Uyuni era tan sólo un paisaje primario, que hoy cobra una nueva significación ante el inminente agotamiento del petróleo y la necesidad de desarrollar energías sustitutivas (automóviles eléctricos). De este modo, el nuevo paradigma biotecnológico termina por resignificar aquellos recursos naturales “no aprovechados” o territorios “improductivos”, insertándolos en un registro de valoración capitalista.

Ahora bien, tal como reflexionaba hace décadas Zavaletta, vinculado a la idea de que el subcontinente es el locus por excelencia de los grandes recursos naturales, fue cobrando forma el *mito del excedente*, “uno de los más fundantes y primigenios en América Latina”. Con esta expresión, el autor boliviano hacía referencia al mito “eldoradista” que “*todo latinoamericano espera en su alma*”, ligado al súbito descubrimiento material (de un recurso o bien natural), que genera sin dudas un excedente, pero el excedente como “magia”, “que en la mayor parte de los casos no ha sido utilizado de manera equilibrada”. En esta línea, resulta legítimo retomar a Zavaletta para pensar en el actual retorno de este mito primigenio, fundante, de larga duración, *el excedente como magia*, ligada a la abundancia de los recursos naturales.

El tema, que ha sido retomado por varios autores latinoamericanos, hoy vuelve a estar en agenda. Unos hablarán entonces de la “maldición de los recursos”, también asociado a lo que se conoce como la “enfermedad holandesa”. Así, Alberto Acosta reflexiona en la línea de la “maldición de la abundancia”: “Somos pobres porque somos ricos en recursos naturales” (2009), escribirá el economista ecuatoriano, quien analiza tanto en términos generales como específicos la conexión entre paradigma extractivista y empobrecimiento de las poblaciones, aumento de las desigualdades; distorsiones del aparato productivo y depredación de los bienes naturales.

En suma, en el marco de un nuevo ciclo de acumulación, América Latina parece haber retomado este mito fundante y primigenio, que en el contexto actual, alimenta nuevamente la *ilusión desarrollista*, expresada en la idea de que, gracias a las oportunidades económicas actuales (el alza de los precios de las materias primas y la creciente demanda, proveniente sobre todo desde China), es posible acortar *rápidamente* la distancia con los países industrializados, a fin de alcanzar aquel desarrollo siempre prometido y nunca realizado de nuestras sociedades.

En términos de memoria corta, la ilusión desarrollista se conecta con la experiencia de la crisis; esto es, con el legado neoliberal de los `90, asociado al aumento de las desigualdades y la pobreza, así como a la posibilidad actual de sortear, gracias a las ventajas comparativas, las consecuencias de la crisis internacional. Así, el superávit fiscal y las altas tasas de crecimiento anual de los países latinoamericanos, en gran medida ligados a la exportación de productos primarios, apuntalan un discurso triunfalista, acerca de una "vía específicamente latinoamericana", en donde se entremezclan sin distinción, continuidades y rupturas en lo político, lo social y lo económico.

Por ejemplo, el final de "la larga noche neoliberal" (en la expresión del presidente ecuatoriano R. Correa) tiene tanto un correlato político como económico, vinculado a la gran crisis de los primeros años del siglo XXI (desempleo, reducción de oportunidades, migración). Tópico que aparece también de manera recurrente en el discurso del matrimonio Kirchner en Argentina, con el objetivo de contraponer los indicadores económicos y sociales actuales, con los años neoliberales (los `90, bajo el ciclo neoliberal de C. Menem) y, sobre todo, con aquellos de la gran crisis que sacudió a la Argentina en 2001-2002, con el fin de la convertibilidad entre el peso y el dólar.

Fases del Consenso de los commodities y conflictos sobre el desarrollo

La expansión del neextractivismo y el tránsito hacia el Consenso de los Commodities presenta varios momentos. Ciertamente, su expansión no habría sido posible sin lo ocurrido en los años `90, en el marco de la globalización neoliberal, que operó grandes transformaciones en las sociedades y las economías latinoamericanas. A través de profundas modificaciones del marco institucional, los Estados nacionales emergieron como una "entidad responsable de crear el espacio

para la legitimidad de los reguladores no estatales”, tales como el FMI, el BID y el BM y otras instancias supranacionales (De Santos, 2007). En este marco, los Estados legislaron en favor de la institucionalización de los derechos de las empresas multinacionales, a través de la creación de una nueva normativa jurídica respecto de la megaminería a cielo abierto, del petróleo, del modelo agrario basado en la siembra directa y los transgénicos, entre otras actividades.

Hemos señalado, sin embargo, que hacia el año 2000, América Latina registró un cambio de época, de la mano de intensas movilizaciones sociales que conllevaron la desnaturalización y el cuestionamiento del Consenso de Washington. La posterior emergencia de diferentes gobiernos populares o progresistas, en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador y Argentina, entre otros, apuntaron a la recuperación gradual de las capacidades institucionales del Estado nacional, que tenía por objeto convertir a éste en un actor económico relevante y, en determinados casos, en un agente de redistribución. Sin embargo, el proceso de transformación del Estado, que fue acompañado por una importante narrativa integracionista (hacia adentro) y latinoamericanista (respecto de la región), que en determinados casos produjo una gran expectativa respecto de la ampliación de los derechos y las formas de participación de lo popular (Asambleas constituyentes y nuevas constituciones en países como Bolivia, Venezuela y Ecuador), encontró severas limitaciones y crecientes frentes de conflicto.

Por un lado, gracias al boom de los precios internacionales de las materias primas, los diferentes gobiernos se encontraron ante una coyuntura económica sumamente favorable, un nuevo ciclo basado en la exportación masiva de commodities, el cual combinaba alta rentabilidad y ventajas económicas comparativas. Por otro lado, más allá de la retórica nacionalista en boga, en el marco del nuevo ciclo, el retorno del Estado se fue instalando en un espacio de geometría variable, donde uno de los elementos claves sería la asociación con los capitales privados multinacionales, cuyo peso en las economías nacionales, lejos de atenuarse, se fue acentuando, a medida que se expandían y multiplicaban las actividades extractivas. Un nuevo desarrollismo, más pragmático y en clave extractivista, no necesariamente ligado a las formas del estatismo propio de los años 50-70, asomaba como rasgo central de la práctica dominante. Un neodesarrollismo, que como afirma Feliz, reconoce el poder del pueblo trabajador al interior del capital como fuerza subjetiva, hace referencia a la forma Estado,

pero opera— sin embargo — en el marco de la sociedad postneoliberal donde predomina un más amplio dominio de las relaciones capitalistas y el capital transnacional (Feliz, 2011 y 2012).

Este período de auge económico, de reformulación del rol del Estado, pero también de no reconocimiento de los conflictos asociados a la dinámica extractiva, se extiende aproximadamente hasta el año 2010, época en la cual los diferentes gobiernos progresistas, consolidados en sus respectivos mandatos (muchos de ellos, habiendo renovado mandatos presidenciales) fueron admitiendo y afirmando una matriz explícitamente extractivista, debido a la virulencia que adquirieron ciertos conflictos territoriales y socioambientales. Más aún, el estallido de la conflictividad ligada a las actividades extractivas (megaminería, represas, petróleo, en menor medida, agronegocios) pondrían en evidencia tanto las dimensiones y alianzas propias del desarrollismo hegemónico, así como las limitaciones impuestas en los procesos de participación ciudadana y la apertura de escenarios de criminalización del conflicto.

Así, una tercera etapa nos interna en un período de blanqueo del Consenso de los Commodities y de abierta conflictividad en los territorios extractivos. Época en la cual los gobiernos progresistas redoblan la apuesta, a través de la multiplicación de los proyectos extractivos, paradójicamente a través de un discurso industrialista: para el caso de Brasil, Plan de Aceleración del Crecimiento, que proyecta la construcción de un gran número de represas en la Amazonía;; para Bolivia, la promesa del *gran salto Industrial*, fórmula lanzada por el vicepresidente boliviano en 2010, que alienta la multiplicación de los proyectos extractivos (gas, litio, hierro, agronegocios, entre otros⁶), ; para el caso de Ecuador, reforma de la normativa y avance de la megaminería; Para Venezuela, Plan Estratégico de producción del petróleo, que implica un avance de la frontera de explotación en la faja del Orinoco; para Argentina, Plan Estratégico Agroalimentario 2010-2020, que proyecta el aumento del 60% de la producción de granos, entre otros. Así, más allá de las retóricas industrialistas que presentan los diferentes gobiernos, los cambios

⁶ El “gran salto industrial” coloca el acento en una serie de megaproyectos estratégicos, que en realidad están basados en la expansión de las industrias extractivas (participación en las primeras etapas de explotación del litio, expansión de la megaminería a cielo abierto, en asociación con grandes compañías transnacionales, construcción de grandes represas hidroeléctricas y carreteras en el marco del IIRSA, entre otros

económicos en curso se han orientado a profundizar el modelo extractivista, en un contexto que une reprimarización y alta rentabilidad.

En esta fase, fueron numerosos los conflictos socio-ambientales y territoriales que lograron salir del encapsulamiento local y adquirieron una visibilidad nacional: desde aquel en torno al proyecto de realizar una carretera que atravesara el Tipnis (Bolivia); la construcción de la megarepresa de Belo Monte (Brasil), la pueblada de Famatina y las resistencias contra la megaminería (Argentina), hasta la suspensión final de la Propuesta Yasuni (Ecuador). Lo que resulta claro es que la expansión de la frontera de derechos (colectivos, territoriales, ambientales), encontró un límite en la expansión creciente de las fronteras de explotación del capital, en busca de bienes, tierras y territorios, y echó por tierra las narrativas emancipatorias que habían levantado fuertes expectativas, sobre todo en países como Bolivia y Ecuador.

A estos conflictos de carácter emblemático, hay que sumar aquellos que se producían, en la misma línea, en los países con gobiernos de signo neoliberal o conservador: el conflicto por la mina de Conga, bajo el gobierno de Ollanta Humala (2012) en Perú, que ha generado 25 muertos por represión; la oposición al megaproyecto minero La Colosa, en Colombia, la suspensión del proyecto minero binacional de Pascua-Lama, promovido por una acción presentada ante la Justicia de Chile, entre otros. Así, la actual fase y los niveles de conflictividad ilustran el acoplamiento entre extractivismo neodesarrollista y neoliberalismo, expresado de manera paradigmática por los casos de Perú, Colombia o México, así como entre extractivismo neodesarrollista y gobiernos progresistas.

Uno de los elementos presentes en los diferentes gobiernos progresistas es la estigmatización de la protesta ambiental y la deriva hacia una lectura conspirativa. En realidad, allí donde hay un conflicto ambiental y territorial, mediatizado y politizado, que pone de relieve los puntos ciegos de los gobiernos progresistas respecto de la dinámica de desposesión, la reacción suele ser la misma. Sucede desde 2009 en Ecuador, sobre todo con la megaminería; en Brasil, a raíz del conflicto suscitado por la construcción de Belo Monte, y en Bolivia referido al TIPNIS. En los tres casos los distintos oficialismos optaron por el lenguaje nacionalista y el escamoteo de la cuestión, negando la legitimidad del reclamo y atribuyéndolo, sea al "ecologismo infantil" (Ecuador), al accionar de ONG extranjeras (Brasil) o al "ambientalismo colonial" (Bolivia).

Aunque sin mayores debates (el término mismo de "neoextractivismo" se halla fuera del horizonte retórico del oficialismo), algo similar sucede en Argentina, donde el progresismo selectivo del gobierno se detiene ahí donde se la expansión de la frontera agraria, la minera y la hidrocarburífera pasa a ser política de Estado. Si volvemos, por caso, al levantamiento en Famatina, este hecho vinculado a la megaminería tuvo un efecto paradójico: sea por desconocimiento o por mala fe, lo cierto es que desde las plumas del oficialismo se alentó una lectura que dejaba el conflicto entrampado en los contextos provinciales, cuando no en los esquemas binarios, en la batalla política que el gobierno kirchnerista libra con el multimedios Clarín. Sin embargo, el posterior realineamiento entre poder político y poder económico terminó por blanquear, esta vez de modo explícito y en la voz de la Presidenta, a la megaminería como parte legítima e integral del proyecto oficialista.

Asimismo, estos debates y reposicionamientos respecto de la relación entre Extractivismo, Boom de los Commodities y retorno del Populismo, trajeron consigo una nueva fractura al interior del pensamiento crítico latinoamericano. Así, a diferencia de los '90, cuando el continente aparecía reformateado de manera unidireccional por el modelo neoliberal, el nuevo siglo viene signado por un conjunto de tensiones y contradicciones de difícil procesamiento. El pasaje del Consenso de Washington al Consenso de los Commodities instala nuevas problemáticas y paradojas que tienden a reconfigurar el horizonte del pensamiento crítico, enfrentándonos a desgarramientos teóricos y políticos, que van cristalizándose en un haz de posiciones ideológicas, al parecer cada vez más antagónicas.

Por último, tengamos en cuenta que, en términos latinoamericanos, la primera fase del *Consenso de los Commodities* se caracterizó por una suerte de expansión de las fronteras del derecho, visibles en la constitucionalización de nuevos derechos (individuales y colectivos). La narrativa estatalista coexistía, con sus articulaciones y tensiones, con la narrativa indigenista y ecologista, tal como sucedía en Bolivia y Ecuador. A su vez, esos cambios se tradujeron en la emergencia de un espacio de geometría variable en cuanto al rol del estado y la ampliación de la participación de lo popular. Sin embargo, a lo largo de la década y al compás de diferentes conflictos territoriales y socio-ambientales y de sus dinámicas recursivas, los gobiernos progresistas terminaron por asumir un discurso beligerantemente desarrollista, en defensa del extractivismo, acompañado de una práctica criminalizadora y tendencialmente represiva de las

luchas socioambientales, así como por una voluntad explícita de controlar esas formas de participación de lo popular.

A diferencia de la primera fase, en la actualidad el Consenso de los Commodities dejó de ser un acuerdo tácito que vincula de modo vergonzante gobiernos neoliberales y conservadores con gobiernos progresistas. El sinceramiento entre discursos y prácticas, la fuerte estigmatización de la crítica ambientalista que ocurre incluso en aquellos países que más expectativa política de cambio habían despertado -como Bolivia y Ecuador- ilustra la evolución de los gobiernos progresistas hacia modelos de dominación más tradicionales, ligados al clásico modelo nacional-popular o nacional-desarrollista, así como obliga al reconocimiento del ingreso inquietante a una fase de retracción de las fronteras de la democracia.

El cambio de época registrado en los últimos quince años en la región, a partir de la desnaturalización de la relación entre globalización y neoliberalismo, fue configurando un escenario conflictivo en el cual otras de las notas mayores parecen ser la (re)articulación que presenta la tradición nacional-popular con el modelo neoextractivismo desarrollista. Curiosa paradoja, entonces, que caracteriza una parte importante de la región latinoamericana: la crisis del consenso neoliberal, la relegitimación de los discursos críticos, la emergencia y potenciación de diferentes movimientos sociales, en fin, la reactivación de la tradición nacional-popular y la presencia de una narrativa industrialista, se insertan en una nueva fase de acumulación del capital, en la cual uno de sus núcleos centrales es la consolidación de modelos extractivistas de desarrollo que son cuestionados por sectores de la población que exigen un debate informado y democrático acerca de sus consecuencias e impactos territoriales, ambientales y socio-sanitarios.

Bibliografía

Acosta, Alberto (2009) *La maldición de la abundancia*, Ediciones Abya Yala, Quito, Ecuador.
Dávalos Pablo, (2013) "Extractivismo y teoría de las instituciones", en América Latina en movimiento, <http://alainet.org/active/63014>

- De Ipola, E. y J.C.Portantiero, (1994), "Lo nacional-popular y los nacionalismos realmente existentes", en C.Vilas (comp.) *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, Consejo nacional para la cultura y las artes.
- Feliz Mariano (2011), "Neoliberalismo, neodesarrollismos y proyectos contrahegemónicos en Suramérica", en *Revista Astrolabio*, Nueva Epoca, nro 7, 2011.
- (2012), Proyecto sin clase: crítica al neoestructuralismo como fundamento del neodesarrollismo", pp.13-44, en Feliz et all., *Más allá del individuo. Clases sociales, transformaciones económicas y políticas estatales en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, editorial El Colectivo.
- Gudynas, Eduardo, (2004). *Ecología, Economía y Ética del Desarrollo Sostenible*. 5a edición revisada, Editorial Coscoroba, Montevideo-Uruguay, 2004.
- (2009), "Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo", en AAVV, *Extractivismo, Política y Sociedad*, CAAP, CLAES., Quito.
- Harvey, David. (2004), "El nuevo imperialismo: Acumulación por desposesión", *Socialist Register*, bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/social/harvey.pdf
- Koselleck, Reinhart (1993): *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica.
- Machado Aráoz, Horacio (2012). *Naturaleza mineral. Una ecología política del colonialismo moderno*, Tesis para optar por el título de Doctor de Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, Argentina.
- (2014) *Potosí, el Origen. Genealogía de la minería contemporánea*, Buenos Aires, Mardulce.
- Mealla, Eloy (2006), "El regreso del desarrollo", en J.C.Scannone y D.García Delgado, *Ética, Desarrollo y Región*, Buenos Aires, Grupo Farrel, Ciccus.
- Rodríguez, José Luis. 2014. "Coyuntura económica y social en América Latina y El Caribe" ("The Economic and Social Conjuncture in Latin America and the Caribbean"), *La Jiribilla*, no. 664. www.lajiribilla.cu/articulo/6830/coyuntura-economica-y-social-de-america-latina-y-el-caribe
- Sousa Santos B., (2007) *Más allá de la gobernanza neoliberal: El Foro Social Mundial como legalidad y política cosmopolitas subalternas*. En Santos y Garavito (Eds) en "El derecho y la globalización desde abajo. Hacia una legalidad cosmopolita"; Mexico; Anthropos,
- Svampa, M. (2008), *La disputa por el desarrollo*, en *Cambio de Época. Movimientos sociales y poder político*, Siglo XXI-CLACSO, Buenos Aires.
- (2010) "Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos contextos en América Latina", en *OneWorld Perspectives, Workings Papers 01/2010*, Universitat Kassel, www.social-globalization.uni-kassel.de/owp.php,

- (2011) « Modelo de Desarrollo y cuestión ambiental en América Latina: categorías y escenarios en disputa », en F. Wanderley (comp.), El desarrollo en cuestión. Reflexiones desde América Latina, CIDES, OXFAM y Plural, La Paz, 2011.
- (2013) “«Consenso de los *Commodities*» y lenguajes de valoración en América Latina” en Revista *Nueva Sociedad* No 244, www.nuso.org
- (2013b) “La década kirchnerista: Populismo, clases medias y revolución pasiva”, in, *lasaforum* fall 2013 : volume xlv : issue 4.
- Svampa, Maristella y Enrique Viale (2014) *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*, Buenos Aires, Katz ediciones.
- Unceta Satrustegui, Koldo (2009), “Desarrollo, Subdesarrollo, maldesarrollo y postdesarrollo. Una mirada Transdisciplinar sobre el debate y sus implicaciones”, en *Carta Latinoamericana*, Contribuciones en Desarrollo y Sociedad en América Latina, Montevideo, Claes, Abril de 2009, n 7.
- Zavaletta Mercado René, (2009), *Lo nacional-popular en Bolivia*, La Paz, Plural. 1ra edición, 1986.